

Cuando la obcecada obsesión de don Porfirio de perpetuarse en el poder se convirtió en una dictadura tiránica, insensible y represiva, surgieron, en algunos sectores de la sociedad mexicana, varias voces que con gran valentía denunciaban las atrocidades de aquel gobierno autócrata; voces que desafiando censuras y amenazas se fueron multiplicando en todo el territorio nacional. Algunos intelectuales de la clase media dieron los primeros pasos para organizar y combatir a la dictadura. En 1899 se fundó en la ciudad de San Luis Potosí el "Club Liberal Ponciano Arriaga" presidido por el ingeniero Camilo Arriaga, descendiente del prócer de la Reforma; lo encabezaban, también, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Filomeno Mata y otros más; pronto proliferaron en todo el país y en 1901 se celebró en esa misma ciudad una reunión de clubes liberales que provenían de todos los Estados de la República, y constituyeron una Confederación Nacional, pero solamente pudieron celebrar una sesión, pues en la segunda, fueron aprehendidos los principales organizadores acusados de sedición, permaneciendo durante ocho meses en la penitenciaría de San Luis Potosí.

Ricardo Flores Magón -el de la voluntad irreductible- junto con sus hermanos Enrique y Jesús fustigaban permanentemente a la dictadura porfirista por medio de los periódicos "El Hijo del Ahuizote" y "Regeneración". Lo mismo hacía Filomeno Mata a través de su periódico "Diario del Hogar". Pronto se les unieron otros liberales de gran valía por la autenticidad de sus convicciones, entre ellos: Praxedis Guerrero, Librado Rivera, Diódoro Batalla, Santiago de la Hoz, Rosalío Bustamante, Manuel M. Dieguez, Esteban B. Calderón y los nuevoleonenses Antonio I. Villarreal y Lázaro Gutiérrez de Lara. Perseguidos por el gobierno tiránico, algunos de ellos se vieron precisados a emigrar a los Estados Unidos, y desde San Luis Missouri, precisamente el día 1 de julio de 1906, lanzaron su histórico manifiesto a la Nación titulado "Programa del Partido Liberal Mexicano" firmado por Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Juan y Manuel Sarabia, Librado Rivera y Rosalío Bustamante.

Este documento vino a cambiar el concepto de la lucha social en México. Parecería que después de casi cien años los principios de Hidalgo y Morelos volvieran a cobrar vida y reencarnaran en los nuevos ideólogos liberales del siglo XX. Las propuestas sociales planteadas en ese manifiesto correspondían esencialmente a las que hicieron los padres de la insurgencia en Valladolid, Guadalajara y Apatzingán y que habían sido desdeñados por todos los caudillos y Congresos posteriores; por supuesto, adaptadas a las nuevas circunstancias del país, pero conservando, esencialmente, la preocupación social de proteger y reivindicar a las clases desvalidas, principalmente.

Hasta el más despistado analista podría encontrar claras identidades entre el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano y los "Sentimientos de la Nación" de Morelos, que a su vez contenían las preocupaciones sociales de Hidalgo. Daba la impresión de que los liberales de la etapa precursora de la Revolución Mexicana, deseaban establecer un puente que uniera los anhelos originales de la lucha independiente y los del nuevo movimiento popular que resultaba inminente. De lo que no cabía ninguna duda era que después de cien años de independencia, las clases pobres seguían igual, y los indios; peor.

En efecto, en dicho "manifiesto" se planteaban, entre otras cosas importantes, las siguientes: Supresión de la leva y de los tribunales militares en tiempos de paz. Multiplicación de las escuelas en todos los niveles y obligación de impartir una enseñanza laica, quedando el Gobierno obligado a tomar las medidas necesarias para que los niños pobres, por su miseria, no perdieran los beneficios de la enseñanza. En materia de trabajo se proponía el establecimiento de una jornada máxima de ocho horas, salario mínimo decoroso, descanso dominical obligatorio, mejores condiciones de higiene y seguridad en los centros de trabajo, indemnizaciones justas en accidentes laborales, pago del salario en efectivo, prohibición de las tiendas de raya. En relación a la tierra se planteaba la confiscación de los terrenos que no estuvieran en producción y la dotación de ellos a los campesinos pobres que quisieran cultivarlos, apoyándolos el Estado con la creación de un Banco Agrícola. En el capítulo de "Puntos Generales" se planteaba lo siguiente: Facilitar el procedimiento del juicio de amparo; Suprimir la desigualdad entre hijos legítimos e ilegítimos; establecer colonias penitenciarias de regeneración, en lugar de cárceles de castigo; fortalecer a los municipios, y terminar con los jefes políticos creados por la dictadura; dictar medidas para suprimir o restringir el pauperismo; proteger a la RAZA INDÍGENA restituyéndoles los terrenos de que fueron despojados; confiscar los bienes de los funcionarios enriquecidos bajo la dictadura y su producto dedicarlo a la compra de tierras para las dotaciones o restituciones referidas en los párrafos anteriores.

Al final del "Manifiesto" se hacía la advertencia de que después de la caída de la dictadura del Primer Congreso Nacional anularía todas las reformas hechas por el gobierno de Porfirio Díaz a la Constitución de 1857, la cual sería adicionada en todo lo necesario para incorporar y reglamentar los puntos del "Manifiesto" así como cualquier otra cuestión que se considerara de interés para la patria, aún cuando no hubiera sido mencionada en dicho documento, debiendo insistirse especialmente en lo relativo a las materias de TRABAJO Y TIERRA.

Por fin, después de un siglo, alguien se volvía a preocupar por proteger a los indios y restituirles sus tierras. Los nuevos corifeos revolucionarios volvían a considerar, al igual que Morelos, que la pobreza era una cuestión de Estado. ¡Cómo estuvo presente el avanzado pensamiento de ese caudillo en todos los programas de la revolución!, sobre todo el que dejó plasmado en el punto 12 de sus "Sentimientos de la Nación" que no nos cansaremos de repetir: "Como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto".

De esta manera el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano de 1906, impregnado del pensamiento social de los primeros insurgentes; complementado por las luchas parlamentarias de los federalistas de 1824 y afirmado ideológicamente por las convicciones liberales de los reformadores de 1857, fue la inspiración, el programa y la bandera original de quienes participaron en la etapa precursora del movimiento social de 1910. Lo que significa que, en realidad, los verdaderos promotores de la

revolución fueron los dirigentes del Partido Liberal, toda vez que durante una década la estuvieron proclamando como único recurso para abatir la dictadura porfirista. Las persecuciones de que fueron víctimas, sus injustos cautiverios, sus súbitas huidas hacia los Estados Unidos en busca de refugio y finalmente la inicua inmolación de Ricardo Flores Magón, ciego, enfermo y abandonado en una cárcel de dicho país, les otorga, históricamente, la dignidad de ser considerados con justicia los primeros mártires de la prerrevolución.

De las grandes penurias que pasaron los cabecillas del grupo liberal en sus frecuentes huidas hacia el vecino país del Norte, nos da cuenta el historiador Manuel González Ramírez en su bien documentada obra "La Revolución Social de México", en la que transcribe una carta de Enrique Flores Magón enviada desde Estados Unidos a un pariente cercano, en los siguientes términos: "Querido primo: Con su carta de fecha 21 recibimos cinco pesos. Gracias, querido primo, su remesa nos sirvió de mucho; pudimos pagar algunas deudas y nos quedamos con dos pesos, con los cuales podremos vivir cuatro días más; nuestras estrecheces son tan grandes que parece increíble que con cincuenta centavos diarios podamos vivir ocho personas. Los periódicos aquí raras veces publican alguna noticia referente a nuestro asunto. Hoy vamos a buscar trabajo para ver como salvamos la situación económica. Ya nos amenazaron con lanzamiento y piense a que nos expondríamos si nos arrojan a la calle. Dinero no nos llega ya de ninguna parte, tal vez porque las últimas cartas que contestamos avisábamos a nuestros correligionarios que pronto conseguiríamos trabajo. Siempre he sido pesimista en el sentido de que tal vez ninguno de nosotros veamos coronados tantos esfuerzos, pero estoy contento porque se ha puesto la primera piedra de un edificio que terminarán otros más afortunados que nosotros."¹

Dicho autor nos señala también que las autoridades judiciales de los Estados Unidos se coludieron con el gobierno de Porfirio Díaz para perseguir a los dirigentes del Partido Liberal, pues en vez de concederles el derecho de asilo como perseguidos políticos, los encarcelaron como reos del delito de violación de las leyes de neutralidad. Entre los años de 1906 y 1908 se había programado en varias ocasiones la fecha de iniciación del movimiento armado en contra del viejo dictador, las mismas que tuvieron que diferirse por diversas causas, las más de ellas, porque los que las habían planeado se encontraban presos en cárceles norteamericanas.

Tantas frustraciones, incomprenciones y adversidades no lograron domeñar a Ricardo Flores Magón, pero sí lo llevaron a radicalizar sus ideas subversivas y derivó hacia el anarquismo. Al apartarse de la doctrina nacionalista de la Revolución y de los postulados originales del Manifiesto del Partido Liberal que él había encabezado en 1906, se escindió el grupo dirigente y se le separaron muchos de los que lo habían acompañado en esa cruzada, entre ellos: Antonio I. Villarreal y Manuel Sarabia.

¹ Ob. Cit. Pag. 91. Tomo I FCE. 1974.

Mas, no por anarquista, ni por desencantado, dejó de expresar algunos pensamientos que justificaban su separación de los ideales de la Revolución Mexicana, y que ahora que estamos instalados en la cómoda situación de saber lo que pasó después, podemos considerarlos como proféticos. Manuel González Ramírez en su obra citada anteriormente, nos da a conocer una carta que le envió a Praxedis Guerrero y a su hermano Enrique, que habla por sí misma: "Ustedes saben tan bien como yo, que ninguna revolución logra hacer prevalecer después del triunfo los ideales que la inflamaron, y esto sucede porque se confía que el nuevo gobierno hará lo que debió hacer el pueblo durante la revolución. Siempre ha sucedido lo mismo. En todas partes se enarbola una bandera con reformas más o menos importantes; se agrupan al rededor de ellas los humildes; se lucha, se derrama más o menos abundante sangre, y si triunfa la revolución, se reúne un Congreso encargado de reducir a leyes los ideales que hicieron al pueblo tomar las armas y batirse. Al Congreso van individuos de toda clase de ideales, avanzados unos, retrógrados otros, moderados otros más, y en la lucha de todas esas tendencias las aspiraciones de la revolución se marchitan, se desvirtúan y después de largos meses, cuando no después de largos años, se vienen aprobando leyes que ni siquiera adivinan los ideales por los cuales dio su sangre el desdichado pueblo. Pero supongamos que por un milagro se dictan leyes en las que brillen con toda su pureza los ideales de la revolución, cosa que nunca hemos visto ciertamente, porque muy pocos diputados tienen los mismos ideales del pueblo que empuñó las armas."¹

Un acontecimiento inesperado vendría a cambiar los escenarios políticos y revolucionarios de México. En febrero de 1908 un periodista norteamericano llamado James Creelman, enviado por el Pearson's Magazine de Nueva York, consiguió una entrevista con el presidente Díaz que sería verdaderamente histórica por las consecuencias que produjo; en ella don Porfirio hizo declaraciones que causaron gran conmoción en todo el país. Entre otras cosas dijo: "He tratado muchas veces de dejar el poder, pero siempre que lo he intentado se me ha hecho desistir de mi propósito, y he permanecido en su ejercicio creyendo complacer a la Nación que confiaba en mí . . . He aguardado durante muchos años pacientemente a que el pueblo de la República estuviera preparado para elegir y cambiar el personal de su gobierno en cada período electoral, sin peligro ni temor de revolución armada y sin riesgo de deprimir el crédito nacional o perjudicar en algo el progreso de la Nación, y hoy presumo que ese tiempo ha llegado ya . . . No obstante cuales sean las razones que mis personales amigos y mis partidarios puedan aducir, me retiraré cuando mi actual período termine y no aceptaré una nueva elección. Piense usted -se dirigía al periodista- que pronto cumpliré ochenta años . . . Doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República Mexicana. Si aparece, lo consideraré como una bendición, no como un mal. Y si llega a hacerse fuerte, no para explotar, sino para gobernar, lo sostendré y aconsejaré, y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en mi país. Es para mí bastante recompensa ver a México elevarse y sobresalir entre las naciones pacíficas y útiles. No tengo deseos de continuar en la Presidencia".

¹ Ob. cit. Pag. 102

Expresadas a dos años de cumplir su último mandato, las declaraciones de don Porfirio causaron júbilo y esperanza en gran parte de los círculos políticos y sociales de México y desasosiego y estupor en las clases altas favorecidas por el régimen; pero sobre todo, entre sus colaboradores más cercanos que veían en ellas una muestra de debilidad o decrepitud del viejo Presidente.

Nadie pudo comprender en esos días que detrás de aquel aparente quebranto presidencial se encubría una jugada maestra de don Porfirio para continuar en el poder. Aquellas declaraciones tenían doble objetivo. Primero: Desarmar de inmediato las tendencias revolucionarias proclamadas por los dirigentes del Partido Liberal Mexicano, pues al abrirse los caminos democráticos para cambiar el régimen por medios pacíficos, los liberales mexicanos considerarían preferibles estos cauces que los saldos sangrientos de la lucha armada propuestas por los magonistas, es decir, fincó la contienda sucesoria en el libre juego de los partidos políticos, volviendo innecesaria la violencia subversiva, colgándose de esa manera, una medalla más ante los ojos de propios y extraños: ¡La del Presidente más demócrata en la historia de México! Segundo: Sondar la opinión pública basándose en su pretendida popularidad e indispensabilidad, que ante la amenaza de su retiro vería peligrar la estabilidad del país; y de paso, conocer abiertamente quienes se alborotarían con sus declaraciones.

Ambos objetivos se cumplieron. Muchos de los que alentaban propósitos subversivos se apresuraron a integrarse en algún partido político, abandonando por lo tanto, los planes sediciosos de los dirigentes del Partido Liberal Mexicano, quienes, ante el cambio de circunstancias, prefirieron permanecer contemplativamente en el extranjero.

En el ámbito de la opinión pública don Porfirio ganó muchas simpatías con sus declaraciones, pues las creyeron sinceras; por su parte, sus colaboradores, amigos y partidarios iniciaron de inmediato una persuasiva labor de convencimiento, tratando de que el anciano dictador se volviera a postular para la sucesión de 1910 buscando su octava nominación presidencial después de treinta años de estar en el poder; por supuesto que no fue difícil convencerlo.

Como don Porfirio había sido informado que el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León tenía muchos simpatizantes, que ante su declarada negativa de continuar en el poder, con toda seguridad pensarían postularlo como candidato presidencial, con mucha sutileza quiso conocer los propósitos del general Reyes y al efecto le envió un periodista de "El Imparcial" para que le pidiera su opinión respecto a la entrevista Díaz-Creelman. Don Bernardo demostró una gran lealtad al Presidente al expresar: "El bienestar de México requiere aún la permanencia del general Díaz en la presidencia y ese es, en mi concepto, el sentir unánime de la Nación... No es la edad la que puede obligar al Presidente a retirarse, gozando, como goza, aún de extraordinario vigor intelectual y físico y de una salud envidiable... Acostumbrado desde sus más tiernos años a sacrificar por su Patria todas sus energías, a trabajar sin descanso, la enorme labor que sobre sus hombros pesa la desempeña con relativa facilidad, pues la ha metodizado de una manera bellísima,

y esa abrumadora suma de trabajo, que mataría a otro hombre menos fuerte, es ya para él un hábito, y más bien fuente de salud y bienestar, que de decaimiento y cansancio... Lo que es más importante -siguió diciendo- dadas las actuales circunstancias es el puesto de Vicepresidente que deberá plantearse en las próximas elecciones, para el cual deberá buscarse un candidato entre las personas que en los momentos actuales de cerca lo rodean, y que cuentan con su confianza y están en sus secretos de Estado"

Ante esas declaraciones los reyistas se organizaron en un club político llamado "Soberanía Popular" y propusieron la candidatura de Bernardo Reyes para la Vicepresidencia; por supuesto, con Porfirio Díaz a la cabeza. Por su parte, los grupos cercanos al ministro de Hacienda José Ives Limantour empezaron a trabajar en favor de Ramón Corral para vicepresidente.

Algunos historiadores refieren que los partidarios de don Bernardo en su propaganda exageraron tanto las virtudes de su candidato que aparecían iguales o superiores a las de don Porfirio, lo que aprovecharon los "científicos" para señalarle el peligro al dictador. Sería por eso, o por otras intrigas palaciegas, el hecho fue que de alguna manera el general Reyes advirtió que él no era el candidato del Presidente, por lo que en un manifiesto firmado en el municipio de Galeana, Nuevo León, declinó su postulación y recomendó a sus partidarios apoyaran la candidatura de Ramón Corral. No obstante lo anterior, se enfrió definitivamente su relación con el Presidente y posteriormente fue objeto de un destierro disimulado.

Otro de los que creyeron en las declaraciones de don Porfirio fue el coahuilense Francisco I. Madero, perteneciente a una familia de ricos hacendados norteños; hizo algunos de sus estudios en Francia y en la Universidad de California en Estados Unidos. Al regresar a su patria se radicó en San Pedro de las Colonias y se dedicó a los trabajos propios de la hacienda. Sus primeras incursiones políticas las inició al formar el "Club Democrático Benito Juárez", a través del cual tuvo varias actividades en las luchas electorales de su Estado, siempre con el carácter de opositor a las imposiciones del régimen porfirista. En efecto, ocho meses después de la entrevista Díaz-Creelman, Madero publicó su célebre libro "La Sucesión Presidencial de 1910" en el que criticaba fundamentalmente el despótico militarismo en el que había sustentado don Porfirio su dictadura por más de treinta años y exhortaba a la sociedad mexicana a organizarse políticamente para participar en la próxima justa democrática para elegir libremente presidente y vicepresidente, considerando la promesa del anciano dictador de retirarse de la vida pública, lo cual abriría nuevos horizontes de progreso y bienestar para el país.

Sobre este libro Jorge Sayeg Helú hace el siguiente comentario: "Existen, sin embargo, al parecer con toda mala intención, quienes dicen que el libro de Madero no tiene, ni tuvo mayor mérito que el de su oportunidad; lo cierto es que significó una fuerte sacudida a la conciencia nacional; fue el despertar de una opinión pública políticamente adormecida que habría de desencadenar la violencia revolucionaria

de 1910, dando inicio a la tercera etapa integradora de nuestra nacionalidad: La Revolución Mexicana".¹

Esa publicación causó verdadera expectación en todo el país y le dió a Madero una gran popularidad. Sólo un iluminado podía atreverse a desafiar así el poder colosal del porfirismo. Dentro del régimen se generaron multitud de reacciones tendientes a aniquilar a tan iluso pregonero de la democracia, pero las ofertas de libertad políticas que había hecho don Porfirio fueron la mejor protección del atrevido coahuilense.

Con motivo de comentar las propuestas de su libro Madero llevó a cabo en diversos Estados del país varias giras políticas que lo acercaron definitivamente al pueblo; el entusiasmo que generaron sus recorridos trajeron por consecuencia que se formara, en torno a él, el Partido Antireeleccionista, que desde entonces tomaría el lema de "Sufragio Efectivo. No Reelección". En la Convención Nacional Antireeleccionista que celebró dicho partido en diciembre de 1909 y a la que se había incorporado el Partido Democrático que antes era reyista, resultaron electos, por aclamación entusiasta,

Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, respectivamente. La plataforma ideológica que le impuso la convención a sus candidatos recogía algunos postulados del Manifiesto del Partido Liberal Mexicano en materia social, así como la inmediata reforma a la Constitución prohibiendo la reelección tanto del Presidente como de los gobernadores y alcaldes en todo el territorio nacional.

Incumpliendo por completo sus promesas don Porfirio Díaz desde el mes de abril de ese mismo año había aceptado la candidatura para continuar en el poder por octava ocasión, la cual le había ofrecido la organización política denominada "Círculo Nacional Porfirista" y por medio de un manifiesto a la Nación dijo: "Señores representantes del Partido Nacional Porfirista: Os doy las gracias por el honor que me prodiga esta espléndida y solemne manifestación con que vuestra benevolencia me proclamara idóneo para ejercer el supremo Poder Ejecutivo de la República en un nuevo período constitucional. Designado más de una vez por el voto de los mexicanos para cargo tan honroso, he podido cumplir los deberes que impone, compensando con patriótica eficacia la deficiencia de mis modestas aptitudes. Pero percibo que voy aproximándome a una edad en que la decadencia se impone, y como gasté mis mejores años en trabajos consumidores de energías, temo que en el transcurso de otro sexenio un creciente cansancio pueda impedirme cumplir mis deberes, según mi costumbre, y según las exigencias, también, del desenvolvimiento nacional creciente. Sin embargo, como todo lo que yo pueda o valga pertenece a mi Patria, y tiene por objeto su servicio, hecha esta observación que el deber me aconseja, NO ME CONSIDERO AUTORIZADO PARA REHUSAR SU SOBERANO MANDATO, SI ME LO IMPUSIERE". El compañero de fórmula de don Porfirio sería Ramón Corral para vicepresidente.

¹ El Constitucionalismo Social Mexicano. Pág. 444. FCE. 1991.

El historiador Manuel González Ramírez en su multicitada obra hace referencia a sendos libros de Alfonso Taracena y de Roque Estrada, en los que se comenta el intento del candidato antireeleccionista de llegar a un acuerdo con don Porfirio en el que ofrecía retirar su candidatura presidencial si permitía elecciones libres para el cargo de vicepresidente. Ese ofrecimiento lo hizo Madero personalmente en una entrevista que tuvo con el presidente Díaz y que fue concertada por intermedio del gobernador de Veracruz don Teodoro Dehesa. Don Porfirio no aceptó la propuesta y en tono altivo expresó: "Dejemos que eso se resuelva en los comicios".¹

Tampoco cumplió el general Díaz la oferta que hizo ante Creelman de apoyar a cualquier partido opositor al que consideraría -según dijo- "como una bendición, no como un mal". De diversas maneras fue hostilizado Madero y sus partidarios durante su campaña. La prensa, comprometida en su mayor parte con el régimen, lo ridiculizaba por sus tendencias espiritistas y por su apariencia frágil y de corta estatura; inclusive, en algunas caricaturas, con gran mordacidad, se hacía mofa de su propensión a la medicina homeopática; se le pintaba como un pigmeo tomando pastillas para crecer frente a la figura gigantesca de don Porfirio, y se le escarnecía con epigramas hirientes utilizando reiteradamente la frase "El candidatito candidote".

Sin embargo, esos ataques, en la opinión pública mayoritaria, tuvieron resultados contrarios para quienes lo fraguaron. Las grandes masas de la sociedad mexicana percibieron detrás de aquel candidato de aparente fragilidad, a un hombre valeroso que osaba enfrentarse abiertamente a la monstruosa dictadura porfirista, como nadie antes lo había hecho, y se atrevía, además, a poner en el fiel de la balanza pública para que lo sopesara toda la Nación, sus propuestas ideológicas de libertad del sufragio, democracia, no reelección, imperio de la ley y defensa de las clases humildes, frente a los desmanes, injusticias y autoritarismos que prevalecían en el régimen del presidente Díaz.

Los tumultuosos y entusiastas eventos de campaña de Madero en todos los lugares de la República donde se presentaba, terminaron por preocupar profundamente al anciano dictador, que veía derrumbarse increíblemente su supuesto prestigio. Hay indicios de que estuvo a punto de plantear una negociación con el grupo antireeleccionista, pero pudieron más las lisonjas cortesanas de sus "covachuelos" más cercanos y de la oligarquía "científica", quienes haciendo gala de su gran capacidad adulatoria, lo convencieron de su "indispensabilidad" para el bienestar de la Patria. A partir de ese momento, se desató una atroz persecución de los cabecillas del partido opositor y hasta de los simpatizantes, a quienes se les apresaba con el más mínimo pretexto. Inclusive, se llegó a la atrocidad de aprehender a Francisco I. Madero junto con Roque Estrada durante un mitin que se celebraba en Monterrey, el 7 de junio de 1910 habiéndosele conducido posteriormente a San Luis Potosí, de tal suerte que las elecciones se llevaron a cabo el 26 de junio, las primeras, y del 10 al 12 de julio las secundarias, estando preso el candidato opositor.

Ante semejante ignominia, resulta ocioso referir que las elecciones fueron escandalosamente fraudulentas y que el procedimiento electoral fue tortuoso y

¹ Ob. cit. Págs. 177-178.